





# IMAGO MENTIS



Aarón Rueda Benito

IMAGO MENTIS



Primera edición: enero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Aarón Rueda Benito

© Ilustraciones: Aarón Rueda Benito

ISBN: 978-84-10082-64-9

ISBN digital: 978-84-10082-65-6

Depósito legal: M-1823-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Pablo, Cris e Iván*





*Lasciate ogni speranza*

*voi ch' intrate*

Canto III *Inferno*

DANTE



Parte primera  
Argila



# CAPÍTULO I

**N**O EXISTE NADA SOBRE el infinito blanco. La luz se extiende uniforme sin diferenciar norte, sur ni cualquiera de las formas verticales.

Muy arriba aparece ante los ojos el rastro de una presencia. Comienza el ruido. Dos titánicas serpientes se enroscan agresivamente entre sí. Una muerde y la otra aprieta. Sus golpes provocan grandes ecos en la blanca inmensidad. Ha empezado a apoderarse el miedo de la consciencia que observa en el medio del espectáculo primal. Las escamas de colores saltan con violencia al retorcerse. Cada boca podría engullir si quisiera un autobús. Crujen invisibles los árboles que pueblan la llanura a medida que tanto blanco desaparece. Esta es la bienvenida. Siguen peleando a lo lejos las colosales bestias y desde el centro a pies descalzos las observa fascinado por el espectáculo. No se ve fuera ningún límite de horizonte o de pelea. El miedo continúa por si paran los colosos su pelea por un bocado. Comienza a andar hacia las serpientes sobre el blanco suelo de sus pies, y con cada paso que camina se reducen los titanes, vacilantes, sin parar su lucha. Más pequeños cada vez. Todo sigue blanco, con fiereza se agreden sin cesar. A su altura ya advierten el intruso que hacia ellos camina, y su danza detienen para abalanzarse sobre el nuevo enemigo. Justo antes de saltar hacia la presa

se alzan dos manos para detenerlas. Sobre el cuello las manos cierran, dos aprietan y dos buscan clavar sobre la carne su colmillo. Solo uno al otro vence y aún no se sabe si serán las manos o serán las sierpes.

## CAPÍTULO II

**M**ARCO NUNCA SE HABÍA caracterizado por ser un tipo fuera de lo común. En toda su vida se había decantado por las cosas tranquilas. Siempre prefería jugar de portero en los partidos con sus amigos porque, para él, era la posición que le daba menos fatigas. De costumbres fijas, gustaba de pasar la mayor parte de sus días en un estado de contemplación casi continuo.

Era profesor. A ratos particular, a ratos del algún centro educativo. Nunca demasiado continuado. En sus clases, el lento desenvolverse de su voz capturaba, las menos, la atención de algún alumno con el suficiente cargo de anfetaminas autorizadas. Había dado clase de varias materias a lo largo de los años, pero la más recurrente, sobre todo en las clases particulares, era la de Lengua Castellana. Sin ser una práctica que le entusiasmara demasiado, el análisis sintáctico le había permitido pagar el alquiler y algunos ajos y tomates durante un puñado de años.

Era verdaderamente motivador ver el desfile de adolescentes que acudían a sus clases de refuerzo por la entusiasta y decidida vocación de sus padres por el aprobado con el profesor tirano de turno.

Marco aún se debatía internamente por descubrir si su pasión laboral se inclinaba más a arrastrar, como un buey un carro, al

chiquillo que prefería la inacción a aprobar un examen para que sus benditos progenitores no le remolonearan el pagarle las clases, o los deliciosos debates en los que, como buen contratado de la Administración pública, cambiaba de materia de las letras a las matemáticas para aclarar a unos padres descontentos que con una perfecta media aritmética de uno, y un total de cero trabajos entregados, no había mucho que hacer con las notas de su querido querubín. Los gritos eran indistintos.

Pero, incluso en los peores días de trabajo, Marco acababa su jornada con la tranquilidad que a él tanto le hacía disfrutar. Suponía que había nacido para las cosas sencillas.

Marco vivía en Salamanca desde que tenía dieciocho años, desde que caminara por los pasillos de la famosa universidad con la mirada perdida. En realidad, en todos estos años no había experimentado demasiados cambios sustanciales en su persona. Salía con los mismos amigos y mantenía una rutina muy similar a la de sus días de estudiante. Algunas parejas habían ido y venido. Quizá la mayor divergencia era la de ser pagado por asistir a las clases, pero, por lo demás, no había grandes líneas que trazaran diferencias.

Siempre sin sobresaltos. A veces gustaba de salir a correr con su amigo Álex por el paseo fluvial. Charlaban apenas de un par de trivialidades y volvían a casa a tiempo para corregir algunos ejercicios y poco más.

Aquel día, Marco había terminado pronto de preparar las actividades para las clases particulares que tenía la tarde siguiente. Llevaba ya más de cuatro meses desde la última sustitución que hizo. Mientras terminaba de garabatear las notas de los puntos que quería abordar en la clase con María y Salva, se escuchó el zumbido del teléfono sobre la mesilla. Se acercó para verlo y leyó un esquemático mensaje de su amigo Adrián que rezaba:

*Vamos a ir al Murray's. ¿Te animas?*



## CAPÍTULO III

CUANDO APARECIÓ POR EL *PUB*, los amigos de Marco ya estaban sentados en una mesa de la terraza con varias pintas a medio beber. Era un día nublado de marzo. El frío no abandonaría la ciudad hasta varios meses después, como hacía siempre, de golpe. Sin embargo, eso nunca había sido impedimento para que las terrazas de los bares estuvieran a rebosar.

Marco se sentó en la silla que permanecía libre con un saludo estoico que le fue devuelto por sus amigos al unísono.

—Tan puntual como siempre —le sonrió Adrián

—Estaba preparando las lecciones para mañana —le contestó Marco, acomodándose aún en la silla metálica

—Yo ya sabía que llegarías tarde —fue la respuesta de Álex con una sonrisilla socarrona.

Álex era el único de la cuadrilla que había estudiado con Marco en la facultad. Ambos habían cursado carreras de filología. Álex se había inclinado por una profesión creativa. Escribía. Y, mientras sus obras se publicaban con poca regularidad, él trabajaba en una editorial local redactando textos, en su mayor parte turísticos, con información o curiosidades que se alejaban poco de la señalización de la famosa rana.

Álex era un chico alto y delgado. Tenía un pelo encaracolado

castaño a juego con una barba puntiaguda y cobriza. Ojos marrones y un encanto particular que hacía que con él las horas se hicieran tremendamente amenas.

Juan tenía la cara afeitada y un tupé poblado de color negro. Mientras que Adrián llevaba una densa barba y pelo a medio crecer entre la melena y un corte más moderado. Ninguno de los dos había ido a clase en la universidad con Marco o con Álex. Adrián había estudiado un grado en Turismo, aunque siempre había querido ser arquitecto. Gracias a la carrera que hizo, pudo quedarse, con pocas probabilidades de éxito, en la ciudad dorada. Juan, por otro lado, había estudiado la carrera de Medicina a petición expresa de su madre. Cuando la acabó con unas notas impecables, entregó el título a su familia y, tal como él había querido desde antes de entrar en la facultad, se dedicó a cualquier otra cosa.

—Y ¿qué les tienes preparado para las clases de mañana a los chiquillos? —preguntó Juan con su calma habitual.

Si Marco se caracterizaba por una excesiva tranquilidad en su vida Juan era el paradigma de esta. Siempre amable, buscando la mejor palabra que dedicar, no elevaba el tono ni se alteraba. Para cualquier cosa que lo necesitaras siempre estaba el primero.

—Bueno —se frotó Marco las manos—, mañana haré una demostración sobre los tiempos verbales que va a temblar el Misterio.

—¿En qué curso están los chavales? —le preguntó Álex.

—Acaban de entrar en la ESO y parece que les está costando un pelín adaptarse al instituto. Aunque yo creo que el chico es muy inteligente.

—Y ¿todavía andan con los tiempos verbales? —se sumó Adrián a la conversación.

—Te sorprenderías de las cosas que no se dan como es debido hasta la secundaria. —Hacía tiempo que Marco no se sentía demasiado motivado con su trabajo—. Bueno, y vosotros, ¿qué os contáis?, ¿cómo lleváis la semana?

—Cuéntale lo que nos estabas diciendo, Álex —señaló Juan justo antes de darle un sorbo a la cerveza.

—Ah, sí. Pues les estaba contando que he hablado con mi jefe, que es muy majete y me ha recomendado... —En ese momento llegó un camarero como un atajo de nervios para preguntar a Marco: «¿Te pongo algo?». «Una pinta cuando puedas, porfa». «Enseguida»—. Bueno —continuó Álex—, pues como te decía. Mi jefe me ha puesto en contacto con otra editorial que se dedica a la producción literaria. Él es amigo del editor jefe. Me animó a mandarles alguna muestra de mis poemas, que tenía escritos por ahí sueltos, y, adivinad, ¡están interesados en publicarme un libro!

—Olé, tío. Eso es genial. Enhorabuena. Te lo mereces.

—Gracias.

En ese momento llegó el camarero con la pinta restante y un cuenquito de cacahuets. Marco la cogió y alzó el vaso

—Un brindis por Álex. —Los tres cogieron sus vasos y los chocaron a ritmo de un *Por Álex*.

Mientras Juan le preguntaba algo a Adrián, Álex se reclinó un poco para acercarse a Marco.

—Oye, tío, precisamente a raíz de esto te quería preguntar: ¿te importa si te voy pasando algunos poemas de los que voy haciendo para que les eches un vistazo? Me gustaría mucho que los leyeras antes de mandarlos a la editorial.

—Claro, tío, lo que haga falta. Pero vamos, que seguro que son una pasada. Conociéndote. Además, ¿no eres tú el que siempre lo sabe todo?

—Oh, por supuesto, eso ni lo dudes.



## CAPÍTULO IV

**E**L SONIDO DEL SEGUNDERO se hacía más pesado a cada recalcitrante tic. Marco trataba de mantener todo su ánimo, pero la situación no ayudaba demasiado.

—Venga, chicos, si esto es pan comido. —Salva mantenía los ojos clavados en el papel donde Marco hacía las indicaciones de la lección con su bolígrafo. María, aunque apartaba la mirada a cada rato, al menos parecía seguir un poco más el hilo—. Entonces, el presente lo usamos para describir acciones que...

Salva hace ruidos, como si pensara en la respuesta.

—Que están sucediendo ¿cuándo? —insiste Marco.

—¿Ahora?

—Bien, María. Entonces, si quiero hablar de acciones que ya han sucedido empleo el...

—Pasado.

—Muy bien. Vamos avanzando. Pero los pasados pueden ser de varios tipos también, ¿verdad? A ver, si yo os quisiera contar una historia que me ocurrió ayer, y que por lo tanto ya ha concluido, ¿qué tiempo usaría?

—El pre...

—Venga.

—El pretérito... ¿imperfecto?

—Casi. Mira, vamos a pensar de otra manera, Salva. Sabemos que el pretérito es pasado, ¿no? —Los dos chicos asintieron mientras Marco dibujaba en una hoja que dejó a medio hacer—. ¿Este círculo está completo?

Los dos chicos negaron con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque no lo has terminado —dice María.

—Le falta un poco ahí —apunta Salva.

—Muy bien. —Marco empezaba a animarse un poco—. Entonces, si no he terminado el círculo, será un círculo imperfecto, ¿no? Porque no está concluido.

—Sí —contestaron los niños.

—Pues con los tiempos verbales nos ocurre lo mismo. Si la acción no ha terminado, no puede ser perfecto. Por ejemplo, lo usamos cuando os digo que yo ayer *mascaba* chicle o que María *esperaba* a que Juan llegara. Pero, si termino este círculo, ahora que está acabado sí que sería un círculo perfecto. Bueno, imaginaos que no me he desviado en esta parte. Entonces, ya podría decir María *mascó* chicle todo el día. Salva *aprobó* el examen de verbos del lunes, ¿veis qué fácil?

Salva levantó la mano.

—Dime, Salva.

—Si siempre estamos en presente, ¿por qué necesitamos tantos tiempos? Que mira todos lo que vienen aquí detrás en el libro. Yo creo que no uso tantos...

—Bueno, porque puede que las cosas que quieras describir ya hayan pasado, vayan a pasar o estén pasando. Con el lenguaje nos comunicamos, Salva, y no todo sucede ni en el mismo tiempo ni de la misma forma. No puedes expresar igual lo que viviste ayer, lo que deseas o lo que está ocurriendo ahora mismo. El lenguaje nos provee de todos esos pequeños matices. Nos genera ideas en nuestra mente. Define cosas diferentes el decir *yo andaba* por la calle que *yo ando* por la calle. Si yo te digo *guisante* piensas en una cosa bien distinta que si te digo *galápago*.

—Supongo...

—Marco, ya es la hora —indica María, apuntando a su reloj de muñequera.

—Anda, pues se me ha pasado volando. Vale, chicos, pues haced los ejercicios que os di antes de repaso y el próximo día los corregimos al principio, ¿ok? Y ánimo con el examen, que seguro que os sale fenomenal.

—Vale —respondieron a la vez los chicos—. Adiós, Marco, hasta el martes que viene

—Adiós, chicos.

La clase había sido, como siempre le ocurría, más lenta de lo que hubiera deseado. Marco miró el móvil, que dejaba siempre en silencio durante las clases. Había un mensaje de Álex:

*¿Cómo vas? ¿Te apetece salir a echar una carrerina a las nueve?*





## CAPÍTULO V

**M**ARCO DISFRUTABA DE LAS SALIDAS NOCTURNAS para correr con Álex. Siempre era Álex el que proponía salir a entrenar. Era un chico muy atlético. Le gustaba la acción. Solía salir los fines de semana con un grupo de ciclismo, hacía senderismo, escalada, a veces acudía a la montaña y a veces al rocódromo. Otras veces reunía a sus amigos para adentrarse entre todos en alguna de las sierras de la provincia.

A Marco, normalmente, solo lo convencía para las carreras tranquilas por el paseo fluvial que servían más como charlas que como verdadero entrenamiento.

—¿Cómo te han tratado los chavales hoy?

—Bien, hombre. Son buenos chicos, aunque les puedo ver en la cara el aburrimiento tatuado.

—A esa edad lo último que querrán es estar echando la tarde dando clases de refuerzo. Tendrán cualquier otra cosa en la cabeza

—Ya, macho, pero es que un día y otro con esta desidia a mí me mata. Se le quitan a uno las ganas de todo.

—Ya vendrán tiempos más interesantes.

—¿Sí o qué?

—Ya lo verás. Tú hazme caso.

—Y tú qué, ¿qué tal llevas tu libro?, ¿te han dicho algo nuevo los de la editorial?

—No, ahora esto avanza lentillo. Tengo ya unos cuantos poemas terminados y revisados, ¿te apetece leerlos?

—Claro, tío; ya te lo dije ayer. Mándamelos al correo y así los imprimo luego en casa.

—Genial. Me gustaría de verdad que los leyeras. Creo que te van a gustar especialmente.

Pararon en un tramo del paseo para dejar paso a un ciclista que venía frente a ellos.

—Y ¿de qué van?, ¿son poemas de amor o de desamor?

—Es difícil de explicar. Tú mejor léelos y ya me dirás

—De acuerdo.

Habían llegado ya al término con Santa Marta, de modo que se dieron la vuelta para correr de nuevo en dirección al centro de la ciudad.

—¿No te han llamado aún de las listas?

—Qué va. Aquí sigo esperando. Van ya varios meses...

—Te van a llamar. No te preocupes.

—Tú siempre estás muy seguro de todo.

—Siempre —dijo Álex con una sonrisa de satisfacción—. De todos modos, creo que a ti lo que te haría falta ahora es salir un poco más.

—Ya estoy un poco mayor para salir de fiesta todos los fines de semana, Álex.

—No, hombre, me refiero en general. Haz alguna cosa nueva, ¿quién sabe? Si estás en casa todo el día preocupado por los tiempos verbales y porque no te llaman de las listas de interinos te vas a apolillar, macho.

—Y ¿qué quieres que haga?

—Yo qué sé. Prueba a descubrir un poco más ciudad. Sal al campo, apúntate a algún deporte nuevo. Ponte a pintar paisajes. No sé. Haz algo que te saque un poco de la rutina esta que tienes. Algo nuevo. Como si te quieres poner a perseguir a un conejo blanco.

—Claro o me pongo con los doce trabajos, ¿no?

—Tú verás. El caso es que no puedes seguir tan apalancado. Estás muy mohíno desde que se te acabó el último contrato. Tú hazme caso. Te van a llamar. Pero entre tanto no dejes que la rutina te consuma.

Marco miraba a su amigo. Mientras él ya estaba con flato por correr y hablar al mismo tiempo, a Álex se le veía más fresco que al empezar la carrera.

—Tú siempre tienes que tener razón, ¿verdad?

—Siempre.

\*

Marco iba caminando por la acera. La calle estaba más bien serena. De repente, se escucha un enorme ruido. Marco, sin pensar en su reacción, se lanza al abrigo de un contenedor. Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de que se trataba del petardeo de un coche. Rezó para que nadie lo hubiese visto y continuó andando.



## CAPÍTULO VI

**L**A TARDE TRANSCURRÍA CON LENTITUD. A Marco le encantaban las tardes frías y soleadas. No había tenido clases aquel día y aprovechaba para merendar tranquilo mientras escuchaba un poco de música. Al otro lado del pasillo, la puerta de la habitación de su compañero de piso permanecía cerrada. Nunca se sabía muy bien si estaba o no en su cuarto. La casa estaba muy tranquila. A veces escuchaba la puerta de la calle porque alguien entraba o salía, pero las más de las veces nadie se cruzaba en el pasillo ni coincidía en el comedor.

Marco se preparó una manzanilla y se sentó en el salón. Su piso, aunque pequeño y algo viejo, tenía una espléndida orientación hacia el sur que hacía que la luz entrara a raudales. También tenía unas preciosas vistas de San Esteban y de la catedral.

Marco ya llevaba un tiempo viviendo en ese piso. Varios años. Le gustaba. Estaba lo suficientemente alejado del centro para no escuchar barullo, pero cerca de lo importante.

Mientras se acomodaba en el sillón, Marco vio que entraba un correo electrónico en su bandeja. Era de Álex. Le mandaba los poemas prometidos. Marco dejó su manzanilla sobre la mesita del salón y se fue a su habitación para imprimir el texto que le había mandado su amigo. Se trataba de tres poemas un poco extensos.

Marco los imprimió y aprovechó su rato libre para poder leerlos con calma. Se sentó de nuevo, probó un sorbo de la manzanilla, que ya parecía haberse atemperado un poco, y comenzó a leer el primer texto:

Quiso, quiso, quiso el niño  
buscar en los bosques la sorpresa.  
Quiso, quiso, quiso ser armiño y ser  
el que rescatara a la princesa.  
Pero todo eso olvidó.  
Si tú solo, niño, tienes la llave,  
acude al bosque y busca lo que quieres;  
busca la aventura para la que has nacido,  
ya vendrán por ello días de celebración y vino.  
Busca, busca, busca entre los trenes que a ningún  
sitio llevan los primeros esbozos que tu palabra lleva.  
Busca entre la piedra y el oro  
los despojos de la aventura que divierta,  
que te transforme en nada, en todo.  
Quiso el niño vestir de heroico en su cubil  
de lo extraordinario, de lo mágico en un tiempo concreto.  
Busca la llave, la puerta de tu serie de aventuras.  
Quiere, arriésgate, sal a la penumbra.  
Que en los brazos del tranquilo nunca fueron puestos  
ni flechas, ni ramas, ni espadas;  
que será esforzada tu aventura extraordinaria  
aunque cubran de cenizas tu ser en las salas blancas,  
sí, aunque al final cubran de cenizas tu ser  
en tormento y nada  
si tu nombre resuena aquí y ahora.

Marco nunca había terminado de entender los escritos de Álex. Le parecían muy obtusos. Los leía con ilusión porque eran de su

amigo, pero la mayoría de las veces no conseguía pillar el punto de su lenguaje o de sus figuras. Marco y Álex llevaban siendo amigos desde que estuvieran en la facultad.

Marco estudiaba Filología Hispánica y Álex Filología Italiana. Coincidían en varias clases, la mayoría sobre temas relacionados con la literatura. Marco recordaba las entradas de Álex en las clases. Siempre con una chupa negra y unas gafas, colocándose el flequillo encaracolado como si fuera un personaje de una película americana de los cincuenta. Álex había nacido y crecido en Salamanca, por lo que siempre era el encargado de explicarles a los demás compañeros de clase cuáles eran los mejores sitios para salir y qué actividades podían hacer. Les enseñaba las calles por las que los turistas no pasarían y las historias de los rincones ocultos a plena vista, como su queridísima puerta de Aníbal. Marco le había animado en alguna ocasión a escribir narrativa, pero Álex se negaba. «No es para mí», afirmaba.

Desde que lo conocía, escribía. Siempre poesías crípticas. Comenzaron a ser amigos tras una clase de Sociología Literaria. Marco, apurado por copiar tantos nombres como el profesor recitara, se quedó fascinado ante el debate que Álex, siempre confiado en sí mismo, le proponía al profesor acerca del acercamiento de según qué autor italiano a la obra de Gramsci. Tras la clase, Marco, agobiado por no estar entendiendo del todo el ritmo de las clases, le preguntó si podía invitarle a un café para preguntarle unas dudas sobre la discusión que había mantenido con el profesor. Álex accedió. Resultó que compartían muchos gustos filmicos, literarios y musicales. Durante el café, Álex le comentó a Marco que él lo que realmente quería era escribir poesía, porque él sabía la verdad y tenía que escribir sobre la verdad. Al menos lo que le dejaran. Marco no lo entendía demasiado bien, pero, al igual que en las clases, no quería parecer estúpido al preguntar. Lo cierto es que en aquel momento Álex le pareció un poco cretino y presuntuoso, pero al mismo tiempo era atrayente y cautivador.

En el rato del café, a Álex le dio tiempo incluso a conseguir el teléfono de otra estudiante que se sentó cerca de ellos en las afueras de Anaya. «Quizá sea su confianza», pensaba Marco.

Era esa clase de persona. Esas cuya seguridad parece atraer a los otros. Marco deseaba parecerse más a Álex, pero su naturaleza parecía llevarlo por otro tipo de vida social.

Para no saturarse demasiado y poder comprender mejor los siguientes poemas, Marco dejó las hojas con los textos sobre la mesilla y volvió a concentrarse en la paz de aquella tarde. Quizá Álex tenía algo de razón. Quizá no debería permanecer tanto en casa, esperando a que el teléfono sonara. Podría ser el momento de hacerse un poco más alejandrino.

Como si Marco fuese un tipo de poesía.